

PRIMERA PARTE

LA CATEQUESIS *en la*
MISIÓN EVANGELIZADORA
de la IGLESIA

CAPÍTULO I

LA REVELACIÓN y SU TRANSMISIÓN

1. JESUCRISTO, REVELADOR Y REVELACIÓN DEL PADRE

LA REVELACIÓN DEL PLAN PROVIDENTE DE DIOS

- 11** Todo lo que la Iglesia es, todo lo que hace la Iglesia, encuentra su fundamento último en el hecho de que Dios, en su bondad y sabiduría quiso revelar el misterio de su voluntad comunicándose a las personas. San Pablo describe este misterio con estas palabras: «Él nos eligió en Cristo, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo a ser sus hijos por adopción, conforme al beneplácito de su voluntad» (Ef 1, 4-5). Desde el comienzo de la creación, Dios nunca ha dejado de comunicar al hombre este plan de salvación y de mostrarle los signos de su amor; e incluso «Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios, Dios no cesa de llamar a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la dicha»¹.
- 12** Dios manifiesta y realiza su designio de una manera nueva y definitiva en la persona del Hijo, enviado en nuestra carne, mediante el cual los hombres «tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina» (DV 2). La Revelación es iniciativa del amor de Dios y está orientada a la comunión: «En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible (cf. Col 1,15; 1 Tim 1,17), habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor (cf. Éx 33,11; Jn 15, 14-15) y mora con ellos (cf. Bar 3,38) para invitarlos a la comunicación consigo» (DV 2). La economía de la Revelación «se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos

1 CCC 30.

entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas» (DV 2). Viviendo como hombre entre los hombres, Jesús no sólo muestra los planes de Dios, sino que lleva a cumplimiento la obra de salvación. En efecto,

Jesucristo —ver al cual es ver al Padre— (cf. Jn 14,9), con su total presencia y manifestación personal, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos; finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, completa la revelación y confirma con el testimonio divino que vive en Dios con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna (DV 4).

13 Dios ha revelado su amor y desde lo más profundo del designio divino surge la novedad del anuncio cristiano, «la posibilidad de decir a todos los pueblos: “Él se ha revelado. Él personalmente. Y ahora está abierto el camino hacia Él”»². Precisamente porque abre una nueva vida —vida sin pecado, vida de hijos, vida en abundancia, vida eterna— este anuncio es hermoso: «El perdón de los pecados, la justicia, la santificación, la redención, la adopción de hijos de Dios, la herencia del cielo, la familiaridad con el Hijo de Dios. ¿Qué noticia más bella que ésta? Dios en la tierra y el hombre en el cielo»³.

14 El anuncio cristiano comunica el plan divino, que es:

- un misterio de amor: las personas, amadas por Dios, están llamadas a responderle, convirtiéndose en signos de amor para sus hermanos;
- la revelación de la verdad íntima de Dios como Trinidad y de

2 Benedicto XVI, exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (septiembre 30 de 2010), 92.

3 Juan Crisóstomo, *In Mattheum*, homilía 1,2: PG 57,15.

la vocación de la persona a una vida filial en Cristo, fuente de su dignidad;

- la ofrenda de salvación a todos los seres humanos, a través del misterio pascual de Jesucristo, don de la gracia y de la misericordia de Dios, que conlleva la liberación del mal, del pecado y de la muerte;
- la llamada definitiva a reunir a la humanidad dispersa en la Iglesia, realizando la comunión con Dios y la unión fraterna entre todas las personas en este presente, pero plenamente lograda al final de los tiempos.

JESÚS ANUNCIA EL EVANGELIO DE LA SALVACIÓN

- 15** Al comienzo de su ministerio, Jesús anuncia la venida del Reino de Dios, acompañándolo con señales; «proclama que ha sido enviado a anunciar a los pobres la buena noticia (cf. Lc 4,18), dando a entender, y confirmándolo después con su vida, que el Reino de Dios está destinado a todos los hombres»⁴, empezando por los más pobres y pecadores, invitando a la conversión (cf. Mc 1,15). Él inaugura y anuncia el Reino de Dios para cada persona. Jesucristo, con su vida, es la plenitud de la Revelación: es la manifestación plena de la misericordia de Dios y, al mismo tiempo, de la llamada al amor que está en el corazón de la persona «Él nos revela que “Dios es amor” (1 Jn 4,8) y además nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y, por tanto, de la transformación del mundo, es el nuevo mandamiento el amor» (GS 38). Entrar en comunión con Él y seguirlo da plenitud y verdad a la vida humana: «El que sigue a Cristo, Hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre» (GS 41).
- 16** El Señor, después de su muerte y resurrección dio el Espíritu Santo para cumplir la obra de la salvación y envió a los discípulos a continuar su misión en el mundo. Del mandato misionero del Resucitado

4 DGC 163.

brotan los verbos de la evangelización, unidos estrechamente entre sí: «proclamen» (Mc 16,15), «hagan discípulos, bautizándolos y enseñándoles» (cf. Mt 28, 19-20), «sean mis testigos» (Hch 1,8), «hagan esto en memoria mía» (Lc 22, 19), «ámense los unos a los otros» (Jn 15, 12). Así se configuran las líneas de una dinámica del anuncio, en la que se combinan estrechamente el reconocimiento de la acción de Dios en el interior de cada persona, el primado del Espíritu Santo y la apertura universal a todo hombre. Por lo tanto, la evangelización es una realidad «rica, compleja y dinámica»⁵, y en su desarrollo incorpora diferentes posibilidades: testimonio y anuncio, palabra y sacramento, cambio interior y transformación social. Todas estas acciones se complementan y se enriquecen mutuamente. La Iglesia continúa realizando esta tarea con una inmensa variedad de experiencias de anuncio, siempre dócil al Espíritu Santo.

2. LA FE EN JESUCRISTO: RESPUESTA A DIOS QUE SE REVELA

- 17 Toda persona, movida por el deseo interior que habita en su corazón, mediante la búsqueda sincera del sentido propio de su existencia, se encuentra a sí misma en Cristo; en la familiaridad con Él experimenta que camina por senderos verdaderos. La Palabra de Dios manifiesta la naturaleza relacional de cada persona y su vocación filial, llamada a configurarse con Cristo: «Nos has creado para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti»⁶. Cuando la persona es tocada por Dios, está llamada también a responder con la obediencia de la fe y a entregarse con pleno consentimiento de la razón y de la voluntad, acogiendo con libertad «la buena noticia de la gracia de Dios» (Hch 20,24). Por lo tanto, el creyente «ve colmadas sus aspiraciones más hondas: encuentra lo que siempre buscó y además de manera sobreabundante»⁷.

5 EN 17.

6 Agustín de Hipona, *Confesiones* 1, 1, 1: CCL 27, 1 (PL 32, 661).

7 DGC 55.

- 18** La fe cristiana es, ante todo, acogida del amor de Dios revelado en Jesucristo, adhesión sincera a su persona y decisión libre de seguirlo. Este *sí* a Jesucristo implica dos dimensiones: el abandono confiado en Dios (*fides qua*) y la aceptación amorosa a todo lo que Él nos ha revelado (*fides quae*). En efecto,

la importancia de la relación personal con Jesús mediante la fe queda reflejada en los diversos usos que hace san Juan del verbo credere. Junto a “creer que” es verdad lo que Jesús nos dice (cf. Jn 14,10; 20,31), san Juan usa también las locuciones “creer a” Jesús y “creer en” Jesús. “Creemos a” Jesús cuando aceptamos su Palabra, su testimonio, porque él es veraz (cf. Jn 6,30). “Creemos en” Jesús cuando lo acogemos personalmente en nuestra vida y nos confiamos a él, uniéndonos a él mediante el amor y siguiéndolo a lo largo del camino (cf. Jn 2,11; 6,47; 12,44)⁸,

en un itinerario dinámico que dura toda la vida. El creer comprende pues, una doble referencia: «a la persona y a la verdad; a la verdad por confianza en la persona que la atestigua»⁹ y a la persona porque ella misma es la verdad auténtica. Es pues una adhesión del corazón, de la mente y de la acción.

- 19** La fe es un don de Dios y una virtud sobrenatural, que puede nacer en lo íntimo como fruto de la gracia y como respuesta libre al Espíritu Santo, que mueve el corazón a la conversión y lo dirige a Dios, dándole «suavidad en el aceptar y creer la verdad» (DV 5). Guiado por la fe, la persona alcanza a contemplar y saborear a Dios como amor (cf. 1 Jn 4, 7-16). La fe como aceptación personal del don de Dios, no es irracional ni ciega, «la luz de la razón y la luz de la fe

8 Francisco, carta encíclica *Lumen Fidei* (junio 29 de 2013) n. 18; cf. Tomás de Aquino, *Suma teológica*, II-II, q. 2, a. 2.

9 CEC 177.